

Diálogos

<http://dx.doi.org/10.4025.dialogos.v23i3>

ISSN 2177-2940
(Online)

ISSN 1415-9945
(Impresso)

Clases sociales y movilización pro derechos humanos en la historia Argentina reciente

<http://dx.doi.org/10.4025.dialogos.v23i3.49963>

Luciano Alonso

Universidad Nacional del Litoral, UNL, Argentina. E-mail: lpjalonso8@gmail.com

Palavras-chave: classe social; mobilização social; derechos humanos; Argentina.	Classes sociais e mobilização pelos direitos humanos na história da Argentina atual Resumo: O objetivo deste artigo foi compreender como o Estado se apropriou de dispositivos legais para legitimar as suas ações punitivas e jurídicas contra a oposição política, em especial, os militantes do Partido Comunista Brasileiro (PCB) no Paraná em 1975, quando foram presos e indiciados pelo Inquérito Policial-Militar 745 (IPM 745), que apurou o envolvimento dos comunistas na suposta reorganização do partido no Estado. Além do IPM, também utilizamos como fonte de pesquisa o Relatório Especial de Informações 1/75 que destacou a importância dos trabalhos da polícia política efetuados no Estado, a fim de conter o avanço do comunismo.
Key words: classe social; mobilização social; direitos humanos; Argentina.	Social classes and mobilization for human rights in recent Argentine history Abstract: Este artigo propõe uma abordagem para a identificação de atribuições de classe dos membros do movimento de direitos humanos na Argentina. Depois de observar uma integração policlassista do movimento social, ele se concentra no domínio de sua liderança e composição de membros da classe média e, às vezes, mais especificamente das classes de serviço. Primeiro, são discutidas algumas dimensões subjacentes do conceito de "classe social" e, em seguida, através de várias pesquisas, descrevem a composição de diferentes organizações de direitos humanos. Finalmente, conclui-se que, embora a atribuição de classe não tenha sido decisiva para a composição do movimento, lançou as bases para uma cultura política compartilhada e para a adoção de repertórios de discurso e ação.
Palabras clave: social class; social mobilization; human rights; Argentina.	Clases sociales y movilización pro derechos humanos en la historia Argentina reciente Resumen: This paper proposes an approach to the identification of class ascriptions of the members of the human rights movement in Argentina. After observing a polyclassist integration of the social movement, it focuses on the dominance in its leadership and composition of members of the middle classes and sometimes more specifically of the service classes. First, some dimensions underlying the concept of "social class" are developed, and then, through different surveys, outline the composition of different human rights organizations. Finally, it is concluded that although class ascription was not decisive for the composition of the movement, it did lay the foundations for a shared political culture and for the adoption of discourse and action repertoires.
Artigo recebido em: 14/01/2019. Aprovado em: 29/09/2019.	

Clases sociales y movilización contenciosa

Los estudios sobre las luchas pro derechos humanos en la Argentina reciente vienen creciendo sostenidamente, de la mano de nuevas camadas de investigadores que emprendieron desde los años 2000 renovados abordajes sobre esa cuestión. Aunque no sin inconvenientes, esos procesos de acción contenciosa fueron y son investigados en gran medida con recurso a la categoría de “movimiento social” (Alonso, 2014). Existe hoy un creciente volumen de trabajos que exploran principalmente espacios geográficos no abordados por los estudios de los años de 1980-2000 (Zubillaga, 2016), lo que no obsta a que haya aún áreas que no se han indagado en profundidad (Alonso, 2017a). Una de esas dimensiones ocluidas es la relación entre la movilización pro derechos humanos y la identificación de clases sociales.

Pese a las prevenciones de muchos autores, recurrir a las teorías de los movimientos sociales para estudiar procesos de acción colectiva contenciosa no representa una alternativa a la concepción teórico-política de la lucha de clases. La consideración de las clases sociales –sea como construcción analítica de los investigadores, sea como registro empírico de actitudes sociales o acciones que pueden ser consideradas índice de la conformación de grupos– es una tarea de primer orden en las ciencias sociales, porque hace al análisis de la misma constitución de las sociedades y de un tipo de conflicto central

para la dinámica socio-histórica. Pero ello no puede llevar a analizar cualquier fenómeno social en la clave de la lucha de clases –y más cuando ni siquiera esté demostrada la existencia de determinada clase y conciencia de clase en una situación social concreta–. Por su parte, los análisis centrados en la categoría de movimiento social no tienen por qué ser concebidos como una negación de aquellos articulados en torno a la de clase social, sino que pueden ser tanto complementarios como mutuamente iluminadores. Siguiendo a Aníbal Viguera, es posible afirmar que:

“... hablar de «movimientos sociales» no resulta necesariamente incompatible con pensar desde la lucha de clases como interrogante central; es aquí también donde muchos desarrollos analíticos pensados para tratar de captar los mecanismos de emergencia y desarrollo de la acción colectiva de protesta, o para explorar la complejidad de significados presentes en un hecho colectivo, pueden capitalizarse en función de las preguntas teóricas que dicho interrogante dispara.” (Viguera, 2009, p. 22)

Sin dudas es inexacto dar cuenta del movimiento de derechos humanos emergente en la Argentina de 1974-1979 en términos de identidad o intereses de clase. Pero sí es en cambio interesante destacar tres aspectos que pueden ayudar a pensar vínculos entre esos procesos de movilización social y las relaciones de clase, distintos de la representación de intereses de clase que otros movimientos evidencian.

Primeramente, en un nivel macro y en la senda de la teoría de los sistemas-mundo puede postularse la inserción de todos los

movimientos sociales de cualquier signo en fases históricas que les sirven de contexto, en las cuales predomina determinada correlación de fuerzas al nivel del sistema-mundo capitalista o de regiones del mismo (v. g. Screpanti, 1985; Ansaldi, 2006, Wallerstein, 2008). Esas correlaciones de fuerzas son concebibles también en términos de luchas de clases en sentido amplio y ello puede iluminar la interpretación general de un movimiento en particular.¹ En segundo lugar, en los niveles intermedios que hacen a los conflictos simbólicos existe lo que Stuart Hall llamó una relación un tanto desplazada entre la cultura y

las clases, que supone la constitución de campos en los cuales puede reconocerse la distinción entre conjuntos de clases plurales más que el modelo de conflicto de “clase contra clase” y en los que se juega el consentimiento y la resistencia en términos no solamente políticos sino propiamente ideológico-culturales (Hall, 1984, p. 108-109). Por fin, en los niveles micro o localizados, los agentes que participan de un movimiento social tienen recursos movilizables diferenciales, redes de relaciones y perspectivas estratégicas que en una amplia medida están condicionados por su inscripción en relaciones de clases o, dicho de otro modo, su adscripción a determinadas clases sociales –identificadas éstas por el investigador como posición estructural, más allá de que sean o no efectivamente sentidas y vividas como tales por los agentes (Bourdieu, 2000)–.

Esta inscripción / adscripción puede a su vez ser múltiple. Siendo la clase social una relación, todas las personas pueden encontrarse en complejos de vínculos entrecruzados y sus posiciones relativas dependen entonces de variables que pueden involucrar más de una fuente de ingresos, estilo de vida, modo de consumo o situación de poder, y no sólo una relación de producción dada. Encasillar a alguien en una u otra clase –con independencia de una identidad compartida y como acción propia del investigador–, supone una elección en función de múltiples relaciones e incluso identificaciones posibles. Además, en orden a la dominación masculina la adscripción de

¹ Es interesante recordar que de acuerdo con Immanuel Wallerstein hay episodios de lucha de clases sin que todos los agentes implicados hayan desarrollado una plena conciencia de clase “para sí” (Wallerstein, 1979, cap. 7). Más allá de énfasis diversos, ese planteo es llamativamente coincidente con la noción thompsoniana de las clases que no preexisten a la lucha sino que se construyen en ese mismo proceso (Thompson, 1984, pp. 34 a 37). En distintos textos Wallerstein habla de clases objetivas o globales y de clases nacionales o subjetivas, las primeras definidas analíticamente por su función en el modo de producción capitalista y las segundas autodefinidas por su conciencia o articulación política –véase Taylor y Flint, 2002, cap. 1–. Considero excesivamente amplio y por ello poco útil el concepto de clase social global, así como potencialmente errónea la concepción de un “sistema de una sola clase” que reuniría a los propietarios de capital y que aparece en el texto de Wallerstein citado más arriba. Mi propia concepción de las clases sociales está más cerca de la visión de Thompson, que supone un proceso de subjetivación política del agente colectivo en función de experiencias comunes y que Pierre Bourdieu consideró en su momento congruente con su propia distinción entre la clase identificada por el investigador “en el papel” –la categoría heurística de Thompson– y la clase real o efectiva de la identificación y la acción colectiva –la categoría histórica o de contenido histórico real thompsoniana– (Bourdieu, 2000 y 1997, incluido en este último caso el Apéndice sobre el capital político en el que refiere explícitamente a *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson). Sin embargo, es necesario reconocer que tanto Thompson y Bourdieu como el mismo Wallerstein tratan de dar respuestas operativas a la necesidad de superar la dicotomía objetivismo / subjetivismo en el análisis de clase.

clase puede postularse a partir de las disposiciones estructurales de las activistas femeninas de un movimiento social o las de sus esposos, teniendo en cuenta que aspectos como el modo de vida, la sociabilidad o los niveles de ingresos se extienden a los núcleos familiares de los individuos.

Esas consideraciones hacen que pueda entenderse factible por un lado la consideración del movimiento de conjunto de un actor colectivo en función de una macro-narrativa sobre las fases del desarrollo capitalista y de la movilización social coincidente –interpretable parcialmente esta última en términos de luchas de clases al nivel del sistema–, al mismo tiempo que se analiza su participación en procesos de resistencia marcados por la constitución de campos antagónicos concretos que no se definan por los modelos de “clase contra clase”. En orden a un principio de pensamiento relacional, esas identificaciones no pueden suponer lecturas absolutas sino simplemente postulaciones de vínculos en orden a una interpretación. Adicionalmente, sería posible postular un vínculo relevante entre las capacidades movilizadoras de un actor colectivo determinado y la adscripción a clases sociales, que no pase necesariamente por la defensa de intereses de clase o no refleje una identidad de clase. Creo que ese es el punto en el cual puede pensarse la relación entre clases sociales y movilización pro derechos humanos en la Argentina reciente.

Me propongo en consecuencia en este texto revisar los relevamientos realizados para anteriores investigaciones y complementarlos con nuevos datos, para esbozar un vínculo posible, como parte del abordaje de problemas que hacen a la profundización de los estudios sobre el movimiento por los derechos humanos en Argentina (Alonso, 2017a).

Perfiles clasistas en el movimiento por los derechos humanos

A lo largo de tres décadas de desarrollo, desde los tiempos del terror de Estado en la década de 1970 a la multiplicación de sus fracturas a mediados de los años 2000, el movimiento por los derechos humanos en Argentina registró un amplio polimorfismo: acciones soterradas –cuando no clandestinas– y públicas; agrupaciones de afectados y de no afectados, algunas con una larga historia y otras recientes o incluso muy posteriores a los hechos en los que basó su existencia; establecimiento de un espacio propio y distinto y articulación con agrupamientos político-sociales, entidades intermedias y agencias estatales; identidades remitidas a vínculos familiares, a valores laicos universales o a cosmovisiones cristianas; inscripciones locales variadas y secuencias de desarrollo sincopadas. Pese a esa variedad, algunos aspectos permiten afirmar su identificación como un agente colectivo movilizador en ese amplio arco temporal (Alonso, 2014): su lucha por la

memoria, verdad y justicia respecto de los crímenes de Estado y la integración simbólica que en distintos momentos se afirmó en torno a esos tópicos; su desarrollo en ámbitos urbanos de cierta envergadura; su funcionamiento en red, con relaciones de copresencia y a distancia; quizás, su rol en la emergencia de una nueva cultura política. Pero aún sobre esas y otras cuestiones que conformarían el cimiento común del movimiento social, existieron identidades y matices entre diversas experiencias que no parecen remitirse a las características locales.

El hecho de que el movimiento social actuara como un espacio de confluencia de individuos o grupos provenientes de distintas tradiciones ideológicas se replicó en su capacidad para reunir a agentes provenientes de distintas clases sociales. En su variedad, fue policlasista al menos en tres sentidos definidos por la negativa: no se limitó a reclutar integrantes en el seno de una clase social, no pretendió expresar intereses de una clase determinada y no funcionó como elemento de aglutinación o de estructuración de una clase dada. Sin embargo, a lo largo de más de tres décadas de desarrollo el movimiento se caracterizó por una marcada participación de individuos, familias y grupos de afinidad inscriptos a las clases medias y medias-altas, entre las que cabe destacar algunas fracciones de clase o clases circunscriptas con mayor precisión, como la

clase de servicio.² No se trata de confundir un elemento discreto con el conjunto del agente colectivo, que fue notoriamente policlasista, sino de observar que en su gestación y reproducción es apreciable un componente importante de clases medias y medias-altas. De igual manera que en el caso de las tradiciones ideológicas que confluyeron en el movimiento, respecto de esa adscripción social hay que señalar que esta es más marcada entre quienes han persistido en la militancia o han funcionado como referentes o líderes de diversas agrupaciones.

Un ligero repaso por algunas de las exponentes más destacadas de Madres de Plaza de Mayo y de Abuelas de Plaza de Mayo de

² La expresión “clases medias” está referida a colectivos que se inscriben en puntos intermedios de las estructuras de dominación y/o explotación, encontrándose capacitados para ejercer una autoridad y/o para captar un plusproducto, pero a su vez sometidos a control y exacción por parte de agentes colectivos de nivel superior (Wright, 1989). Recojo también la noción de Strasser de que el engrosamiento de las clases medias en las sociedades occidentales no lleva a la dilución de las diferenciaciones clasistas –que siguen siendo los lugares sociales desde los cuales se puede acceder diferencialmente a derechos civiles, políticos y sociales pretendidamente universales–, sino en todo caso a la formación de una “gran clase media” caracterizada por cierto estilo de vida general más allá de su segmentación económica y cultural (Strasser, 2003, cap. 5). El concepto de clase de servicio y sus distinciones internas corresponden a Müller (1999), quien utiliza como criterio central de identificación las características específicas de la relación de empleo y en particular el hecho de que las relaciones de servicio involucran el ejercicio por los empleados de una autoridad delegada o un conocimiento y pericia especializados. Para Müller, la clase de servicio puede ser conceptualizable como una de las “nuevas clases medias” surgidas con el desarrollo del capitalismo y a su vez dividida en al menos tres fracciones: la de los servicios administrativos (funcionarios de la estructura de mando de organizaciones estatales o privadas), la de los servicios sociales (trabajadores de los servicios sociales y culturales –incluyo en este sector a los de servicios educativos–) y la de los expertos (profesionales y semiprofesionales técnicos).

Buenos Aires puede dar una idea de tales adscripciones. Muchas mujeres pertenecían a clases trabajadoras –y no necesariamente con identidad obrera–, como Hebe Pastor de Bonafini cuyo esposo era “empleado en YPF”, Evel Petrini cuyo marido “trabajaba en Ford”, Josefa García de Noia que era hija de un chofer de taxi y en su juventud cuidaba chicos y había sido obrera textil, o Azucena Villaflor que procedía de una familia obrera y desde los 16 años había trabajado como telefonista. Pero muchas otras provenían de medios sociales más altos o incluso cuando no estaban inscriptas de lleno en una trayectoria vital de clases medias pertenecían a familias en proceso de ascenso social, lo que ya antes de su militancia había permitido a sus hijos estudiar y tener otras profesiones.³

Por ejemplo Taty Almeida (Lidia Estela Mercedes Miy Uranga), era Maestra Normal Nacional y no pudo seguir sus anhelados estudios de medicina, pero en una serie de entrevistas delineó claramente el ambiente social del cual participaba:

“Mi padre, Carlos Vidal Miy, fue un oficial de Caballería de origen salteño; y mi madre, Alicia Uranga, era de una familia muy tradicional de Paraná, Entre Ríos. De hecho mi tío, Raúl Uranga, fue gobernador durante la presidencia de Arturo Frondizi... Yo reconozco que mi familia tenía una posición social buena pero sin ningún tipo de delirios. Teníamos la niñera y una mucama, pero siempre con los pies en la tierra.”⁴

³ Véase v. g. datos sobre los Villaflor y su entorno en Arrosagaray (1993, 1997 y 2006), para apreciar una familia obrera en proceso de reinscripción a partir de nuevos trayectos laborales.

⁴ Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Programa Educación y Memoria – Archivos por la Memoria / Memoria y Derechos Humanos, entrada “Taty

“En el año ‘75, yo tenía 45 años, y mi entorno era militar, coroneles, comodores, vice comodores, salvo mi marido que era civil, pero hasta mis cuñados eran militares, y mi padre también.”⁵

María Adela Gard de Antokoletz, una de las fundadoras de Madres, tenía título de Maestra Normal Nacional, trabajaba en el archivo de un juzgado del Partido de San Isidro y colaboró en la creación de la Asociación Judicial Bonaerense y de dos institutos, uno de niñas huérfanas y otro de ancianas carenciadas. Fue esposa de un diplomático y madre de un abogado desaparecido que tenía proyección internacional. Cuando Enrique Arrosagaray la entrevistó a los 89 años destacó su “perfil y tono señorial”, definido con ayuda de “su residencia cerca de Puente Pacífico, su cabellera blanca, su figura estilizada y sus movimientos serenos.”⁶

Almeida”, en línea en <http://www.buenosaires.gob.ar/educacion/programasy memoria/archivos-por-la-memoria/taty-almeida>, consulta marzo de 2018. A partir de aquí se combinan las citas en el cuerpo del texto con notas a pie de página de los documentos que no son atribuidos a autores. Muchas de las referencias a radicación en web corresponden a sitios o páginas modificadas o caducadas, consignándose la última utilizada y no el registro de páginas antiguas de las cuales podrían recuperarse.

⁵ Entrevista “Tati Almeida: «Yo me críe en un ambiente de ‘gorilismo’ total”, en línea el 25 de marzo de 2011 en http://www.agenciaturzu.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=234;tati-almeida-yo-me-crie-en-un-ambiente-antiperonista-de-gorilismo-totalq, consulta octubre de 2011.

⁶ “Falleció una Madre de Plaza de Mayo”, en Diario *La Nación*, Buenos Aires, 25 de julio de 2002, y “Murió María Adela Antokoletz, Madre de Plaza de Mayo”, en *La Fotaqa*, 25 de julio de 2002, en línea en <http://www.lafogata.org/02argentina/6argentina/murio.ht>

María Isabel Chorobik de Mariani, proveniente de una familia trabajadora en proceso de ascenso social que incluía su formación en bellas artes, estaba casada con el destacado director de orquesta Enrique José Mariani (Pastoriza, 1998), en tanto que Nora Morales de Cortiñas se definió a sí misma como “una mujer tradicional, una señora del hogar” y “profesora de alta costura” que “Vivía todo muy naturalmente, como me habían educado mis padres” (sobre Cortiñas, véase Bellucci, 2000)

Marta Ocampo de Vásquez estaba casada con José María Vásquez, también diplomático de carrera. Creció y vivió en un ambiente típicamente burgués:

“En La Plata estaba muy contenta, tuve una adolescencia muy feliz y con muy buenos recuerdos. En aquella época las cosas eran muy distintas, vivíamos de fiesta en fiesta, siempre en reuniones que se hacían en casas y clubes. En uno de esos almuerzos, en una estancia cerca de La Plata, conocí a mi marido, José María Vásquez. Nos pusimos de novios y a los dos años nos casamos. Él murió cuando llevábamos 47 años de casados.”⁷

Los desempeños profesionales de varias de las integrantes de esas agrupaciones son también un índice de su adscripción de clase. Hilda o Ilda de Micucci era profesora de matemática y merceología en el colegio Santa Teresita del Niño Jesús, de Martínez,

Provincia de Buenos Aires. Elida Bussi de Galetti era profesora del Liceo “Víctor Mercante” de La Plata. Carmen Lapacó era profesora de secundaria y Laura Bonaparte psicóloga, en tanto Vera Vigevani de Jarach era periodista –y su esposo ingeniero–, formando ellos lo que Vera definiría como “una familia de la burguesía -más o menos intelectuales-”.⁸ Es de señalar que incluso cuando no ejercieran una profesión, gran parte de las integrantes de esas agrupaciones tenían formación secundaria o universitaria. Acorde con la pertenencia a clases medias en un sentido amplio, era frecuente entre las mujeres la formación normalista u otros trayectos de formación docente. En muchos casos se puede apreciar cómo la participación en el universo de las clases medias o medias-altas definidas por su ubicación social y su nivel de ingresos, era coincidente con trayectos formativos profesionales o semiprofesionales y con el desempeño de funciones de servicios culturales.⁹

⁷ [m](http://www.buenosaires.gov.ar/areas/educacion/programas/memoria/por-la-memoria/html/marta-vasquez/Arc_hivo_Marta_Vasquez_web.html), consulta octubre de 2011. Entrecorrido de Arrosagaray, 2001.

⁷ Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Programa Educación y Memoria – Archivos por la Memoria, entrada “Marta Ocampo de Vásquez”, en línea en http://www.buenosaires.gov.ar/areas/educacion/programas/memoria/por-la-memoria/html/marta-vasquez/Arc_hivo_Marta_Vasquez_web.html, consulta octubre de 2011.

⁸ Proyecto Desaparecidos en Argentina “Daniel Bernardo Micucci / Viviana Ercilia Micucci”, en línea en <http://72.52.96.202/arg/victimas/m/micucci/>, consulta octubre de 2011. El nombre de la señora de Micucci aparece con distintas grafías en diversos medios y Ulises Gorini llega a escribirlo como “Nilda” (Gorini, 2006). Véase también Reyna Almandos, 2006; “Una madre de Plaza de Mayo pide que esté viva la memoria”, en *Diario Territorio*, Posadas, 24 de marzo de 2005, en línea en <http://www.territorioidigital.com/notaimpresa.aspx?c=9959092267734885>, consulta octubre de 2011 y Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Programa Educación y Memoria – Archivos por la Memoria / Memoria y Educación, entrada “Vera Jarach”, en línea en <http://www.buenosaires.gob.ar/educacion/programas/memoria/archivos-por-la-memoria/vera-jarach>, consulta marzo de 2018.

⁹ Siendo la situación de clase no tanto un *puesto* como una *relación* (pace Bourdieu) y siendo las relaciones sociales de cualquier agente individual

En el interior hubo una manifiesta tendencia a la reproducción de ese patrón de adscripción social. En Madres y Abuelas de Rosario, por ejemplo, referentes muy reconocidas como Esperanza Labrador y Darwinia Gallicchio provenían también de familias acomodadas. En Ledesma, provincia de Jujuy, Olga Aredes era esposa del ex intendente y médico Luis Aredes, quien fue desaparecido en la “Noche del Apagón”. Su caso ha sido repetidamente aludido en análisis disciplinares y periodísticos por realizar en absoluta soledad la tradicional ronda hasta su fallecimiento, pero tan destacable como su persistencia en el reclamo es el hecho de que no tuviera con quien compartir esa militancia y se plegara a Madres Línea Fundadora de Buenos Aires, pese a la vecindad de otras muchas madres de desaparecidos inscriptas en las clases populares (Tessa, 2011; Scocco, 2016; Bruschtein, 2005). Correlativamente, el trabajo de Castro (2004) realizado sobre las memorias de familiares jujeños muestra un escaso número de militantes con una fuerte circulación entre diversas ciudades argentinas, especialmente Jujuy, Tucumán y Buenos Aires, cuando no menciones a viajes o radicación en el extranjero de personas

allegadas. Es claro que aun cuando el autor no ofrezca un perfil sociológico de las integrantes de las agrupaciones, se trataría en su mayoría de mujeres con recursos económicos y culturales de importancia.

Esa tendencia no sólo alcanzó a los organismos de afectados, sino que era claramente visible en los de no afectados, de los cuales participaban muchas personas incluidas en profesiones liberales, docentes o pastorales. En el caso santafesino, esa composición es evidente en el surgimiento de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) y aun de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, agrupaciones donde se reunían abogados como Mario Pilo, Miryam Ramón, Andrés Villoria, Juan Carlos Adrover –además dirigente de la Federación Agraria Argentina– y Elsa Costamagna, docentes como María Rosa Sedrán de Almirón –que pertenecía además a una familia de posición económica acomodada–, Alberto Tur, Rogelio Alaniz y Celina “Queca” Zeigner de Kofman –afincada con posterioridad en la zona–, una locutora radial reconocida como Elsa Ramos, un empleado de la Dirección Provincial de Vivienda como Raúl Suffriti –si bien proveniente de un medio obrero–, y pastores como Daniel Bruno y Hendrik Willen Vijver. Otras familias con una amplia participación en la agrupación de afectados precitada podían tener menores calificaciones profesionales y pertenecer al universo de las clases

multidimensionales, cada persona puede ser adscripta a diferentes situaciones de clase de acuerdo a cómo se defina por parte del investigador el colectivo en el cual se inscribe. Supongo aquí, como se ha sugerido más arriba, que en condiciones de predominio de relaciones patriarcales la situación de clase de muchas mujeres viene dada por la de sus esposos, pero que a su vez su inserción subalternizada en otras relaciones da por resultado otras posibilidades de adscripción que no anulan la primera sino que la complementan o en ocasiones la reemplazan.

trabajadoras –incluyendo en ellas a un sector de servicios que en ocasiones se confunde con la clase de servicios sector administrativo–, pero en situaciones de ascenso o consolidación de sus posiciones, como es perceptible en la calificación como estudiantes universitarios de sus hijos desaparecidos.¹⁰ En este breve recuento es notorio el predominio de individuos que pueden ser identificados con la clase de servicio en sus fracciones de expertos y de servicios culturales, o incluso con un nivel de clases medias correspondiente a pequeña burguesía propietaria.

Con la disolución de la APDH Santa Fe el número de abogados dedicados a la militancia en derechos humanos disminuyó sensiblemente, aunque algunos de ellos continuaron prestando asistencia en diversos momentos. La militancia en Familiares, MEDH y Madres también decayó a lo largo del tiempo, pero algunas familias tuvieron participación destacada durante todo el

despliegue del movimiento y hasta la actualidad. Dejando de lado el desarrollo de la nueva agrupación Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.), los tres organismos nucleados desde los años 2000 en la Casa de Derechos Humanos contaron con la militancia destacada de miembros de las familias Villar, Kofman y Castro –identificándolas con uno de los apellidos de sus integrantes-. Los tres núcleos familiares suponían (suponen todavía a la fecha de este escrito) individuos jubilados o activos en el sector de los servicios culturales, con predominio del empleo público o en organizaciones no gubernamentales. Con el funcionamiento del Foro contra la Impunidad y por la Justicia desde la década de 1990 –aunque con altibajos muy pronunciados y reuniones periódicas mayormente vinculadas con los recordatorios del 24 de marzo–, el entorno de relaciones de los organismos incluyó regularmente a representantes de sindicatos del sector público, docentes, trabajadores de ONGs e instituciones culturales, profesionales de distintos servicios y estudiantes universitarios. La participación en el entramado organizativo de grupos piqueteros y partidos políticos no desdibujó ese perfil, en tanto muchos de sus representantes tenían desempeños y titulaciones similares.¹¹

¹⁰ Sobre el caso santafesino véase Alonso, 2011 y Zeigner de Kofman, 2017. Por cuestiones de economía de espacio no detallo los nombres de los integrantes de H.I.J.O.S. Santa Fe a los que refiero más adelante. Tanto Tur como Alaniz, Pilo, Ramón, Costamagna y Hugo Kofman –militante de Familiares desde los inicios de la agrupación, ingeniero químico e hijo de Celina Zeigner–, devinieron luego profesores universitarios. El primero de los nombrados fue definido por el segundo como “un intelectual en sentido pleno”, según una declaración testimonial en sede judicial recogida en el Diario *El Litoral*, Santa Fe, 22 de marzo de 2010, “Últimas audiencias en el juicio a Barcos”. Bruno es pastor de la Iglesia Metodista. Vijver es un integrante de la Iglesia Protestante de Holanda (PKN), que estudiaba Teología de la Liberación hacia la década de 1980 y se desempeñó en Santa Fe entre 1980 y 1984, cumpliendo diversas funciones en el ámbito del MEDH en Argentina hasta 1989. Véase su *curriculum vitae* en línea en http://www.henkvijver.nl/files/cv_henkvijver.pdf, consulta agosto de 2011.

¹¹ Los agrupamientos piqueteros más vinculados a las acciones de movilización pro derechos humanos en Santa Fe fueron la Corriente Clasista y Combativa y el Movimiento Territorial de Liberación, cuyos referentes están vinculados al Partido Comunista Revolucionario y al Partido Comunista Argentino, respectivamente. En los últimos años se sumaron a las movilizaciones

También puede observarse en la experiencia santafesina la reproducción de esa tendencia de adscripción a la clase de servicio a partir de la formación y desarrollo de la agrupación H.I.J.O.S. hacia el período 1995-2003.¹² Para los mismos agentes que participaron de la formación de H.I.J.O.S. en otras localizaciones era notoria la adscripción a clases medias y medias-altas. Una militante identificada como Silvia destacó claramente esa tendencia y sugirió una vivencia diferencial de la desaparición respecto de los “hijos de obreros” en su testimonio para la compilación de Gelman y La Madrid (1997, p. 136) –texto en el cual por otra parte se recogen aportes de personas radicadas en distintas latitudes, demostrando una alta capacidad económica y de movilidad internacional–, mientras que en su análisis sobre H.I.J.O.S. de la ciudad de Buenos Aires Bonaldi apunta que:

“Su composición era casi exclusivamente de clase media y varios estaban iniciando estudios

universitarios. En su mayoría eran hijos de militantes de las formaciones guerrilleras o de organizaciones cercanas y prácticamente no había hijos de obreros o de dirigentes sindicales desaparecidos” (Bonaldi, 2006, p. 12).

A similitud de las otras regionales, la correspondiente a Santa Fe tuvo prontamente un perfil de clases medias y se fue articulando como una red social pequeña y densa.¹³ La participación de individuos que estaban cursando estudios universitarios fue muy importante: todos los registrados –salvo uno que dejó voluntariamente los estudios pero que pertenecía a una familia con altos índices educativos– completaron el nivel medio de enseñanza y casi todos incursionaron en el nivel superior, titulándose mayoritariamente con estudios en ciencias sociales, arte o comunicación.¹⁴

De las treinta y seis personas que participaron activamente en la agrupación en el período 1995-2003, al menos doce llegaron a desempeñarse como docentes y otros nueve obtuvieron otros títulos profesionales que van de las ciencias médicas a la abogacía. Incluso dentro de ese grupo profesionalizado hay un sesgo muy particular, vinculado con carreras como Comunicación Social, Historia y Abogacía. Otros dos militantes podían definirse como comerciantes al momento de realización del relevamiento, y a ellos cabría

agrupaciones kirchneristas y otras como Barrios de Pie, referenciada al partido Libres del Sur.

¹² Recorto el análisis del perfil social de la agrupación a esos años por razones de practicidad, pues luego de una crisis interna sufrida hacia 2003 la integración de H.I.J.O.S. Santa Fe fue muy inestable, hasta llegarse a un nuevo equilibrio en la década del 2010 con un escaso número de militantes de la etapa que abordo y nuevos protagonistas. Estimo que la incorporación de otros individuos no modificaría las características generales de la muestra. Con seguridad “pasaron” por H.I.J.O.S. Santa Fe durante el período que analizo más personas que las 36 a las que aludo a continuación, pero para la determinación de este número tomo solamente a quienes mantuvieron cierta continuidad. Inversamente, podría decirse que el número de militantes con muy intensa participación fue menor. Puede haber también mayores conexiones de parentesco o relaciones afectivas, pero se cuentan sólo las claramente determinadas.

¹³ Para lo que sigue me remito a los relevamientos realizados para Alonso, 2005 y 2011.

¹⁴ Es notorio que sólo dos integrantes sobre 36 se titularon en ingeniería. Al decir de una entrevistada, algunas profesiones o titulaciones estuvieron claramente ausentes del agrupamiento: “...nunca tuvimos un contador, por ejemplo, ni uno que estudiara matemáticas.” Lucila Puyol, entrevista personal, Santa Fe, 21 de octubre de 2004.

sumar al menos dos más que luego calificarían como pequeños propietarios y otros con desempeño en actividades variadas en comercio y empleo público. Algunos de estos individuos pueden calificar como “pequeña burguesía” por su actividad económica y propiedad, en tanto que es muy difícil reconocer ese nivel a otros aun cuando su entorno familiar pueda tener cierta inserción en esa clase. Una sola de las militantes tenía orígenes humildes y vivía en un populoso barrio del oeste de la ciudad.¹⁵ Se aprecia entonces el perfil de “clases medias” pero con una limitada presencia de pequeña burguesía y una alta adscripción a la clase de servicio, otra vez en sus fracciones de servicios sociales – especialmente culturales- y de expertos.

Como todo agente colectivo, el grupo santafesino presentó una gran heterogeneidad interna, con diversas historias familiares, actividades cotidianas, preferencias personales y estructuras de personalidad. Pero el reforzamiento por las relaciones

interpersonales y las ocupaciones estudiantiles o laborales compartidas permitieron una fuerte interconexión del grupo. Los elementos que unificaron a los integrantes de H.I.J.O.S. Santa Fe no fueron sólo los relativos a los sufrimientos experimentados o a las historias comunes de sus padres, ya que compartían vínculos sociales o espacios educativos. Y como puede apreciarse en el sociograma que obra como apéndice de este texto, los vínculos familiares fueron un elemento articulador de primer orden.¹⁶

Efectos de clase

Como lo han demostrado diversos estudios las redes interpersonales y los intereses individuales son importantes para la constitución de agentes colectivos movilizadores (Della Porta y Diani, 2015), pero enfatizar unilateralmente que lo que tuvieron en común esas personas fue pertenecer a redes sociales y a grupos de afinidad puede ocultar el papel principal de las capacidades basadas en la clase social. Por el contrario, es factible postular que sí tuvieron esos vínculos fue en gran medida porque pertenecían a un medio social compartido –y no por razones de vecindad o relaciones laborales–, identificable con la adscripción a una clase social en un contexto territorial dado.

¹⁵ Todos los integrantes y ex integrantes de H.I.J.O.S. Santa Fe entrevistados o consultados por mí con anterioridad a esa militante (Valeria Silva) recomendaron que también se registrara su relato sobre la agrupación, en el convencimiento de que su perfil social era distinto del común. Por otra parte, la trayectoria individual de esa activista entrelaza la profundización de su participación política con su alejamiento de su espacio social original. Sus progenitores eran integrantes del Movimiento Villero de Montoneros y, con tres hermanos, se crió con su abuela en el barrio Santa Rosa de Lima tras el asesinato de su madre y la desaparición de su padre. Ninguno de sus hermanos participó del movimiento de derechos humanos, pero también es destacable que sólo ella progresó económicamente y salió de ese barrio humilde y marginal para trasladarse a otros ámbitos urbanos y ser propietaria de un comercio. Experimentó entonces un tránsito –y en ciertos aspectos un encabalgamiento– entre espacios de sociabilidad, territorios y clases sociales distintas.

¹⁶ La sucesión de las generaciones como aspecto definitorio de un grupo y específicamente de las clases sociales, ya aparece en Weber, 1992, p. 242. Ha sido también un elemento subyacente al original planteo sobre la constitución de una clase a través de la experiencia en Thompson, 2012.

De hecho, la conformación del grupo de individuos integrados en H.I.J.O.S. Santa Fe como una red social, con vínculos que sobreviven a la pertenencia o alejamiento de la agrupación y que se expresan en amistades, relaciones sentimentales, comunicaciones, reencuentros o noticias sobre terceros, fue algo distinto de la inscripción de los agentes individuales en redes anteriores y constituye una instancia posterior a su integración como organismo. Dicho de otro modo, agentes individuales dotados de determinados insumos de clase y relacionados por diversas circunstancias, pudieron reunirse en una agrupación de derechos humanos y eso supuso *a posteriori* su articulación mutua en términos de red o grupo de afinidad.

Deberíamos prevenimos también contra una lectura de la adscripción a clases en el puro sentido de su efecto como aglutinante o como elemento de dotación de capacidades, ya que en función de la variedad interna del movimiento social pudo en ocasiones resultar un componente disruptivo, al confrontar a su interior diversas experiencias y modos de acción. Tanto las representaciones sociales como particularmente los caracteres que hacen a las culturas políticas pueden ser muchas veces remitidos a componentes clasistas. En un movimiento social con predominio de componentes de clases medias y medias-altas y un papel muy relevante de miembros de la clase de servicio en su fracción de servicios sociales y culturales, el modo en el cual se percibió la confrontación político-cultural no

sólo estuvo dado por las estructuras de oportunidades políticas y las gubernamentalidades locales, sino además por lo que los militantes entendían lógico, razonable o expectable en función de su experiencia de clase. La misma aceptación de determinados modos de acción en el marco de las instituciones republicanas, luego de su restauración desde diciembre de 1983, sugiere que las capacidades propias de clases medias ilustradas pudieron transferirse al conjunto del movimiento social. Inversamente, la reacción ante los bloqueos al reclamo de justicia en la década de los '90 y la búsqueda de formas alternativas de acción colectiva pueden también ponerse en sintonía con los bloqueos a la participación social de amplios sectores poblacionales.

Para los militantes insertos en organismos de afectados, la tensión entre diversos modos de acción y capacidades diferenciales para abordar aspectos políticos, jurídicos o incluso de sociabilidad provenientes de distintas experiencias de clase, fue mucho más fuerte que en los organismos de no afectados en los cuales la militancia estaba más homogéneamente limitada a las clases medias y a determinadas profesiones y tradiciones políticas. Para algunos militantes con formación profesional, agrupaciones como la APDH podían resultar más y mejor organizadas que Familiares o Madres, en orden a los insumos culturales que traían y a una mayor afinidad con quienes integraban ese

organismo de no afectados.¹⁷ La confrontación interna de los organismos de afectados en torno a cómo interpretar determinadas situaciones y qué acciones llevar a cabo podía también estar marcada por diferencias de clase, como habría sido el caso de Madres Buenos Aires a tenor de un comentario escasamente desarrollado pero muy sugerente de Brysk respecto de que al momento de la escisión de la Línea Fundadora en 1986 “la rama principal, estaba compuesta mayormente por miembros de clase obrera, mientras que Línea Fundadora estaba conformada en mayor medida por mujeres de entornos de clase media” (Brysk, 1994, p. 133-134).

En ocasiones la adscripción de los militantes más consecuentes a las clases medias y de servicio pudo resultar un limitante para la difusión de los reclamos y para el establecimiento de vínculos con otros movimientos sociales. En el caso santafesino, por ejemplo, la repercusión del movimiento social fue mayor en los sectores que pueden ser incluidos en esas clases, en tanto que no logró mantener la inserción en otros ámbitos sociales o barriales que pudo tener hacia el final de la dictadura. Como todo movimiento de derechos humanos, el de Santa Fe careció de una base de implantación territorial, pero además no consiguió fijar puntos de intervención más allá de la zona céntrica de la ciudad una vez alcanzado el objetivo de hacer visible la protesta. Es llamativo que en la

década de 1990 las agrupaciones no pudieran vincularse regularmente con el movimiento piquetero asentado en los barrios del cordón oeste, aunque en varias oportunidades militantes aislados de H.I.J.O.S. concurrieran a colaborar en cortes de calles y rutas, que se lograra el apoyo de agrupaciones barriales para el “escrache” al ex comisario Mario Facino en 1998 y que algunas integrantes de Madres estuvieran presentes en multitud de luchas locales (Alonso, 2011).

El escrache prealudido demostró las limitaciones que los militantes de H.I.J.O.S. y los demás organismos de derechos humanos podían tener de la definición de la situación: intentaron articular acciones con personal de sindicatos y organizaciones piqueteras, pero se encontraron con una oposición física extrema por parte de personas de clases populares que participaban de las redes clientelares controladas por Facino en la localidad de San José del Rincón y que revistaban como empleados comunales o beneficiarios de planes de asistencia pública. El acontecimiento no sólo mostró los límites de la gubernamentalidad local y permitió que desde diversos sectores se criticara el accionar de H.I.J.O.S., sino que además las interpretaciones de los convocantes se alejaron de la sensación de euforia y exaltación del choque físico que podría ser propia de sectores barriales y de las juventudes de las clases populares. Individuos acostumbrados a una resolución pacífica de conflictos y a una confrontación más verbal que física,

¹⁷ Es por ejemplo el caso de Graciela Fernández Meijide, según entrevista CEDES 12 de diciembre de 1989 (Jelin y Azcárate, 1991, pp. 31-32).

consideraron que habían ido más allá de sus posibilidades e incluso renunciaron a realizar un escrache contra el ex policía Eduardo Ramos, porque no se veían posibilidades de garantizar la seguridad frente a la patota barrial que respondía al represor (Alonso, 2005).

Por fin, los mismos rasgos identitarios individuales y grupales pueden mostrar indicios de una adscripción a clases determinadas. Por ejemplo, los miembros de H.I.J.O.S. de variadas localizaciones han demostrado en ocasiones los inconvenientes de una construcción de la identidad ante la desaparición de uno de sus padres o de los dos, que adquiere particularidades para los integrantes de una clase social dada. En una temprana entrevista de Kaitlin Quistgard a cuatro jóvenes mujeres integrantes de la agrupación en la ciudad de Buenos Aires, se aprecia la tensión que para personas de clases medias y medias-altas suponía la carencia de una familia estructurada según ciertos parámetros o, en ausencia de ese modelo, de certezas sobre el por qué uno de sus integrantes no se encontraba presente como ser fallecimiento, divorcio, traslados laborales o cualquier otro incidente que resultara acorde a la normalidad de las clases medias. La situación de coacción social que suponía “no poder hablar” sobre los desaparecidos se veía agravada por lo que ello significaba en términos de sus relaciones sociales: “No es que papá y mamá murieron. Están desaparecidos. No era una historia que podía

compartir del todo con mis amigos por ejemplo.” Una de las entrevistadas destacó especialmente el trauma que para ella significaba no llevar el apellido de su padre y portar el de su madre –situación mucho más común en las clases populares, en las cuales es más frecuente el caso de las madres solteras o la falta de reconocimiento de la filiación–:

“Cuando nací, como mis papás no estaban casados no había ningún certificado diciendo que él era mi papá. Mi mamá tuvo que darme su apellido como madre soltera. Y después tuvimos que hacer trámites... Tuvieron que testimoniar que habían visto juntos a mi mamá y mi papá para que me pongan el apellido de mi papá a mí. A los 16 años pude tener el apellido de mi papá.”

Por fin, la misma entrevistadora daba lugar a una definición de la situación a partir de un imaginario de clases medias, al preguntar: “Cuando otros chicos te decían: ‘Mi papá es abogado ¿y el tuyo?’ ¿Qué decías?” (Quistgard, 1996).¹⁸

Con todos esos límites, tensiones y sesgos, la adscripción de gran parte de sus integrantes a las clases medias y medias-altas y especialmente a la clase de servicio proporcionó al movimiento por los derechos humanos en Argentina una serie de recursos movilizables que no se limitaron a la

¹⁸ Apréciase el contraste respecto de la identificación de un apellido con el testimonio de Jorge Magariños, de la zona obrera de la localidad bonaerense de San Pedro: “Yo sé que mis padres militaban, no sé qué o en qué, pero participaban. Sucedió lo que sucedió, primero lo llevan a mi papá, aunque yo le digo mi papá porque él me crió, pero tengo otro apellido. Lo llevan de mi casa. Por lo que tengo entendido, un mes antes que a mi mamá. A ella la vienen a buscar a la madrugada, serían la una o las dos, lo que pasa es que han pasado 35 años... No me gusta acordarme de estas cosas, me hacen volver a vivir lo que viví en esa época” (Dandan, 2012).

constitución de grupos de afinidad o redes, a la consideración positiva de la ley o a una marcada tendencia a no recurrir a la violencia física que afianzó su legitimidad social. La posición de clase otorgó también capacidades culturales suficientes como para intervenir con solvencia en los espacios públicos y construir identidades a través de procesos discursivos complejos. Así como el papel de los abogados y pastores fue descollante en las agrupaciones de no afectados y en aquellas de matriz cristiana, la formación docente y el desempeño de profesiones humanísticas parecen haber sido un elemento de importancia en las agrupaciones de afectados. Incluso quienes no habían tenido esos trabajos con anterioridad se vieron llevados a compartir vocabularios, problematizaciones y definiciones complejas, de modo que se afianzó o despertó su interés por formaciones especializadas. Así fueron los casos de exponentes de Madres Buenos Aires como Nora Cortiñas, quien estudió psicología social con posterioridad a su militancia, o de la misma Hebe de Bonafini, una de las pocas referentes de la agrupación que sólo había cursado la escuela primaria y podía ser definida claramente como “ama de casa”, que emprendió constantes esfuerzos por ilustrarse y –al decir de Gorini (2007, *passim*)– exhibir y difundir esa imagen de constante superación.¹⁹

Pero incluso la situación de las “amas de casa” de las clases medias y medias altas o de clases populares en claro proceso de ascenso social por la inserción laboral / profesional de algunos de sus miembros, proveyó insumos culturales, información y marcos interpretativos con los cuales moverse. Mirta Acuña de Baravalle, una de las fundadoras de Madres en Buenos Aires, destacaba al pasar esas capacidades que se activaron ante la desaparición de su hija cuando decía:

“Yo, antes de la desaparición de Ana no actuaba políticamente. Desde luego, tenía una posición y una responsabilidad pero yo no estaba muy preocupada por la política. No estaba ajena a lo que pasaba en el país, leía el diario todos los días... pero no pensaba implicarme en ninguna actividad” (Féans, 2011).

La extracción de clase, sumada al apoyo de organismos internacionales de los países centrales, otorgó al movimiento argentino una alta capacidad de interacción a distancia. Casi por definición, los movimientos de derechos humanos no están fijados a un territorio sino que articulan relaciones entre espacios distantes –y el mejor ejemplo de ello

Martín, en línea en <http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/cedehu/material/%2834%29%20Entrevista%20Corti%C3%B1as.pdf>, consulta noviembre de 2011. Acorde con esa preocupación que destaca Gorini, el *curriculum vitae* de Hebe Pastor de Bonafini fue durante años el único que figuraba publicado en la página Web de la Asociación Madres de Plaza de Mayo y que presentaba un detalle de actividades académicas, en línea en <http://www.madres.org/navegar/nav.php?id sitio=5&idca t=84&idindex=25>, consulta noviembre de 2012. La web de esa asociación hizo luego hincapié en la figura de Bonafini y destacó su formación; <http://madres.org/>, consulta marzo de 2018.

¹⁹ Sobre Cortiñas “Hablan las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo. Testimonio de Nora Cortiñas: Madres de Plaza de Mayo: Línea Fundadora”, entrevista por Graciela Di Marco, Universidad Nacional de San

es la formación de redes de relaciones con individuos y agrupaciones del exterior—. Eso puede estar relacionado con la composición de clase del movimiento, ya que las clases medias y medias altas tienen una amplia disponibilidad de medios de conexión a distancia —al contrario de las clases populares que se encuentran más “territorializadas”—, pero escasas vinculaciones a nivel de comunidades localizadas. De tal manera, aun cuando la participación local de los agentes colectivos estuviera limitada por las condiciones de gubernamentalidad imperantes en cada ciudad o región, la disponibilidad de recursos que hacen a la integración sistémica les facilitó conocer experiencias de otros lugares, transferir repertorios discursivos y de acción, establecer redes duraderas para acciones coordinadas y dar una visibilidad muy extendida a sus demandas. Los integrantes más destacados del movimiento pudieron multiplicar el impacto de su militancia en tanto eran miembros de clases con mayor poder adquisitivo, provistos de vínculos con agencias internacionales y radicados en ciudades mundiales, para el caso de las localizaciones más importantes como Buenos Aires y las capitales del exterior. Un agente colectivo formado fuera de la matriz de las clases sociales adquirió sus características distintivas y fue posible en las más variadas localizaciones gracias a una pertenencia de clase. La inscripción en una “gran clase media” y particularmente en la clase de servicio les brindó los elementos básicos en

términos de red de relaciones y de condiciones estructurantes en los planos de la intelectualidad y de la socialización, sin los cuales los agentes individuales difícilmente hubieran compartido una comunidad de sentido con relativa facilidad.

La contrapartida de esas capacidades y recursos movilizables se encuentra en las carencias o inconvenientes de aquellos familiares afectados por la represión que no pertenecían a las clases medias y altas, muchos de los cuales ni siquiera pudieron integrarse a colectivos movilizadores. Los procesos de interconexión y organización eran más lentos y costosos, al tiempo que la participación tendía a declinar tras la certeza de la muerte de los allegados. Urquiza lo destaca particularmente para el caso misionero, señalando que:

“Las familias de las víctimas de los sectores rurales, muchas de las cuales nunca habían salido de sus lugares de origen, tenían mayores dificultades (...) Los obstáculos aumentaban cuando los prisioneros eran trasladados a otros penales, los viajes eran más costosos y demandaban mayores recursos y tiempo. Con frecuencia, los familiares amanecían en las plazas porque carecían de recursos para costearse alojamiento. A medida que transcurría el tiempo pudieron ir construyendo redes con familiares en diversos lugares donde eran trasladados los prisioneros” (Urquiza, 2010, p. 158-159)

Como ya fue señalado por diversos análisis socio-históricos y por los estudios sobre las memorias sociales, las clases populares y especialmente las correspondientes a localidades del interior sufren en continuado una larga historia de sometimientos y

represiones.²⁰ Aunque el desarrollo de un plan sistemático de exterminio y de una violencia represiva capilar haya superado anteriores experiencias traumáticas de las clases populares y de los segmentos más empobrecidos del interior, su caso no es como el de las clases medias y altas, que estuvieron en gran parte exentas de los niveles de violencia estatal y paraestatal del período. Esas características diferenciales y especialmente la falta de capacidades para otorgar trascendencia a sus reclamos y con posterioridad a sus memorias devinieron frecuentemente en una invisibilización de las ofensas y los sufrimientos.

Primeramente, invisibilización de las detenciones, torturas y desapariciones de los miembros de clases populares respecto de sus connacionales. Así, se ha destacado la existencia de comunidades rurales o pequeños pueblos en los cuales no se registran denuncias de las desapariciones y torturas sufridas –aun cuando en vista a lo escaso de la población son porcentualmente muy importantes–, o la carencia de registros relativos a la desaparición de muchos individuos de las clases trabajadoras urbanas. También se puede apreciar cómo la pertenencia a una clase social subalterna o más baja incidió directamente en el diferente tratamiento de los casos y hasta en la memoria

sobre lo acontecido: Marianela Scocco, por ejemplo, ha señalado que en los relatos sobre la desaparición de la hija y el yerno de Darwinia Gallicchio se da menos presencia a la de su empleado Alfredo Berruti, en tanto que casi no se nombra a otro empleado que los acompañaba, llamado Jorge Luján, que fue detenido y luego puesto en libertad (Scocco, 2016).

En segundo lugar, la invisibilización de la desaparición de personas como método represivo en otros casos a nivel internacional, correlativa a la particular presencia de la figura del desaparecido y de organismos de defensa de derechos como Madres y Abuelas en las representaciones que los medios de comunicación y los intelectuales occidentales construyeron sobre la situación latinoamericana de los años setenta. De ese modo, la similitud de las operaciones de exterminio e incluso su anticipación en otros países respecto del caso argentino son lisa y llanamente desconocidas –salvo en la apelación al caso chileno, pero aun así con salvedades similares a las de la primera forma de invisibilización–.²¹

²⁰ Véase Da Silva Catela, 2010, quien refiere a las memorias populares de territorios locales como “memorias subterráneas”, que articulan “memorias largas” basadas en el recuerdo de las violencias sufridas desde antiguo y “memorias cortas” relativas a la última dictadura militar. Una observación similar para el caso chileno en Barrientos, 2009.

²¹ Por ejemplo, aunque en una escala mucho menor ya existe una política de desaparición forzada contra los campesinos disidentes del Estado mexicano de Guerrero hacia 1970-71 y como se ha apuntado antes para 1975 hay un dispositivo de desaparición que culmina en “vuelos de la muerte” (Sánchez, 2009), que habitualmente es desconocido incluso para los profesionales vinculados a la temática. Para el caso chileno es también observable una diferenciación entre la difusión de la represión de las clases medias-altas y las clases populares que se traduce en memorias diferentes, al estilo de las identificadas en Argentina por Da Silva Catela. De hecho, la eclosión de debates y luchas de memoria sobre la represión en Chile se disparó en ocasiones precisas a partir de casos que involucraban

Por fin, la invisibilización de las mismas desapariciones y de los reclamos de los afectados se tradujo con el correr del tiempo en una ausencia de actos de memoria que rescataran a los caídos de las clases populares. Como fuera destacado por Da Silva Catela en momentos en los cuales ya se encontraba afianzada la tendencia a homenajear a las víctimas del terror estatal, aunque existan ocasionalmente actos en recordatorio de desaparecidos de otras extracciones sociales son especialmente rememorados los caídos de las clases medias (Da Silva Catela, 2001: Capítulo IV, sección II). Estos últimos son mejor reconocidos, conocidos y recordados por allegados que disponen de los medios culturales y simbólicos como para poner en juego en los espacios públicos una memoria del terror de Estado que se presenta más integrada y coherente que otras, operaciones en las cuales los militantes del movimiento por los derechos humanos tienen un importante papel. Tan sólo la labor de algunos “emprendedores de memoria” suele rescatar del olvido esas otras víctimas menos identificables o familiares que las de las clases medias y medias-altas.

Conclusión: conflictos ideológico-culturales y fracturas de clase

a integrantes de las clases altas, para después dar lugar a juicios y recordatorios centrados en otras víctimas. Véase v. g. sobre el impacto de los casos de Felipe Agüero y Eugenio Ruiz-Tagle diversas secciones de Verdugo, 2004.

Muchos militantes que integraron diversas agrupaciones de derechos humanos fueron conscientes de esas diferencias de clase, que a veces se expresaron en una autoidentificación como miembros de las clases medias explícita en multitud de entrevistas, relatos memoriales o discursos en actos públicos. En muchas otras ocasiones los militantes con una formación política más arraigada en concepciones izquierdistas o con actitudes más radicalizadas en el contexto peronista evitaron poner en cuestión su propia pertenencia a una clase social, prefiriendo pensarse como inscriptos más genéricamente en “el pueblo”. En la presentación de un meritorio texto sobre los enterramientos ilegales en terrenos de una repartición del Ejército en la Provincia de Santa Fe, elaborado por un referente de las agrupaciones de derechos humanos que constantemente levantó las consignas del movimiento social, se destacó la falta de testimonios de los patrones rurales y de los médicos de un hospital, señalándose que eran los trabajadores –peones en un caso, enfermeras en otro– aquellos que se prestaban a dar cuenta de lo que habían visto y que los demás no podían ignorar (Kofman, 2013).²² Entre los dueños de campos o clínicas y los trabajadores de la producción o de servicios menos especializados quedaba un lugar social inexpresado, que era aquel en el cual se insertaban aquellos que –como el autor– buscaban conocer el destino de los detenidos-

²² La presentación se realizó el 15 de marzo de 2013 en el Salón de Actos de la Facultad de Ingeniería Química, donde el autor revistaba como docente-investigador.

desaparecidos. Casi un hiato, un espacio no necesariamente definido por una clase, pero que probablemente no hubiera existido como tal de no contar con los recursos de clases medias que lo configuraron. En ese aspecto de la narrativa entre investigativa y memorial de Hugo Kofman, las clases medias no aparecen con un lugar propio, pero son un supuesto del relato. Su lectura es –como la de Stuart Hall– la del pueblo contra el bloque de poder; y el problema subyacente es el del lugar que deciden ocupar las clases medias.

A pesar de la heterogeneidad de las agrupaciones de derechos humanos y a su amplia variedad interna en los planos de las historias personales y las características individuales, muchos de los militantes que continuaron su activismo con posterioridad a la dictadura o que se sumaron en etapas posteriores podrían encuadrarse en la “gran clase media” y en ocasiones en dos de las grandes fracciones de la variante representada por la clase de servicio: la de los servicios sociales (trabajadores de los servicios sociales y culturales) y la de los expertos (profesionales y semiprofesionales técnicos). Eso supuso la disponibilidad de una base social muy marcada, que proveyó insumos en términos de relaciones interpersonales, de habilidades para la comunicación o la organización y de condiciones estructurantes en los planos de la intelectualidad y de la socialización, sin los cuales los agentes individuales difícilmente habrían compartido una comunidad de sentido. Con seguridad que

las situaciones de clase no fueron determinantes para el desarrollo del movimiento social, pero facilitaron la integración de esos agentes individuales y colectivos en un bloque ideológico-cultural de oposición al terror de Estado y a la impunidad posterior.

¿Pero qué supondría para esos individuos y colectivos la coexistencia de muchos otros posicionamientos sociales que afirmaron el silencio o la impunidad frente a los crímenes de lesa humanidad? La crítica de las complicidades del poder económico y militar responsable del aniquilamiento de opositores o disidentes lleva consigo el problema de los silencios pasados y presentes de ese amplio conglomerado de posiciones intermedias. Las clases medias no fueron solamente el lugar social de disidencias o resistencias, sino también el de los micro-despotismos (O'Donnell, 2004, segunda parte) o el de una trama que sostuvo al terror de Estado a partir de prácticas, imaginarios y sentimientos (Caviglia, 2006). Como ha aparecido respecto de otras cuestiones referidas a la historia local santafesina –como ser la dinámica cultural durante el período dictatorial–, esa división supone en ocasiones el reconocimiento explícito de una fractura al interior de las clases medias.²³

División en la cual no hubo (hay) referencias claras en función de puestos o funciones, sino mejor en torno a

²³Véase por ejemplo la oposición entre clase media ilustrada y clase media hipócrita esbozada por el dramaturgo Jorge Ricci (Alonso, 2017b).

posicionamientos ideológico-culturales de compleja relación con los primeros.

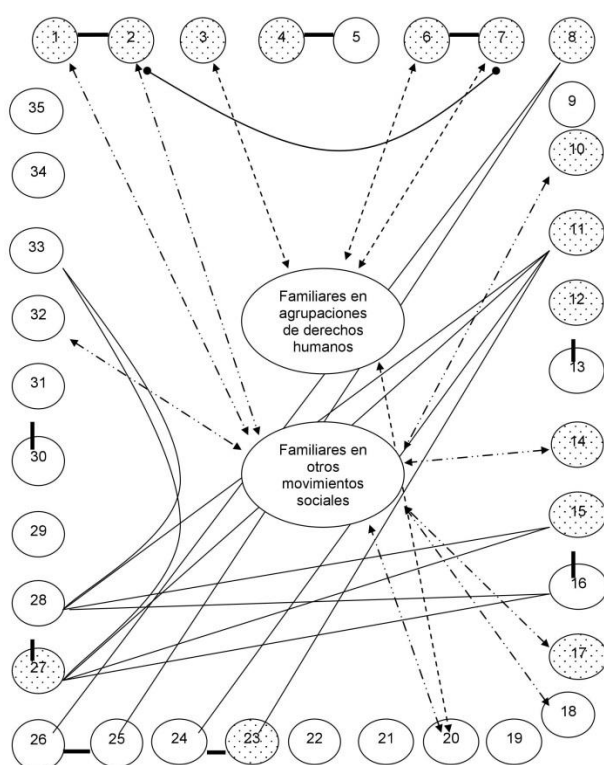
Apéndice: Sociograma de H.I.J.O.S. Santa Fe

La asignación de números es aleatoria y al sólo efecto de identificar relaciones. No se incluyen vínculos estudiantiles o de amistad previos a la formación de la agrupación.

Hermanos: — Primos: —

Relación de pareja previa a la agrupación: ●—●

En relleno punteado los militantes de mayor permanencia hasta 2003.



Referências

Alonso, Luciano (2005) “Repertorios de acción y relaciones institucionales en H.I.J.O.S. Santa Fe, 1995-2003”, en *Temas y Debates* N° 9.

Alonso, Luciano (2011) *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*, Prohistoria Ediciones, Rosario.

Alonso, Luciano (2014) “El estudio de las luchas pro derechos humanos en Argentina: problemas de enfoque en torno a la categoría de movimiento social”, en Flier, Patricia, comp. (2014) *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente*, Universidad Nacional de La Plata, 2014. Disponible en línea en <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/30#>

Alonso, Luciano (2017a) “Terror de Estado y luchas pro derechos humanos en Argentina: las dimensiones ocultas”, en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea* N° 107.

Alonso, Luciano (2017b) “Teatro en transición. Dramaturgia, política y relaciones sociales en Santa Fe (Argentina), entre la última dictadura y la transición democrática”, en *Revista Binacional Brasil-Argentina: Diálogo entre as Ciências - Diálogo entre las Ciencias* vol. 7.

Ansaldi, Waldo (2006) “Quedarse afuera, ladrando como perros a los muros. Protesta y movimientos sociales en América Latina en la bisagra de los siglos XX y XXI”, en *Anuario* N° 21 de la Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2006.

Arrosagaray, Enrique (1993) *Los Villaflor de Avellaneda*, De la Flor, Buenos Aires.

Arrosagaray, Enrique (1997) *Biografía de Azucena Villaflor: Creadora del Movimiento de Madres de Plaza de Mayo*, Buenos Aires.

Arrosagaray, Enrique (2001) “El recuerdo de una mujer que fue a la primera reunión de las Madres”, en *Diario Clarín*, Buenos Aires, 2 de mayo de 2001.

Arrosagaray, Enrique (2006) “Pepa Noia, entre pucho y pucho”, en *Diario Página/12*, Buenos Aires, 6 de julio de 2006.

Barrientos, Claudio (2009) “Memorias, generaciones y narración de la historia en el sur de Chile, 1970-2006”, ponencia ante el 53º Congreso Internacional de Americanistas, México.

Bellucci, Mabel (2000) “El Movimiento de Madres de Plaza de Mayo”, en Gil Lozano, Fernanda y otras, comps. (2000) *Historia de las Mujeres en la Argentina*, Tomo II, Editorial Siglo XX, Buenos Aires.

Bonaldi, Pablo Daniel (2006) “Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria”, en Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego comps. (2006): *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, Siglo XXI Ed., Madrid.

Bourdieu, Pierre (1997) “Espacio social y espacio simbólico”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2000) “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée de Brouwer, Bilbao

Bruschtein, Luis (2005) “Olga Aredes”, en *Diario Página/12*, Buenos Aires, 18 de marzo de 2005.

Brysk, Alison (1994) *La política de derechos humanos en Argentina. Protesta, cambio y democratización*, traducción por Isabel Inguanzo Ortiz de *The Politics of Human Rights in Argentina: Protest, Change, and Democratization*, Stanford University Press, 1994, en línea en http://www.alisonbrysk.org/Research_files/Argentina.pdf.

Castro, Reynaldo (2004) *Con vida los llevaron. Memorias de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy*, Argentina, La Rosa Blindada, Buenos Aires.

Caviglia, Mariana (2006) *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Unasociedad*

fracturada, Buenos Aires, Editorial Prometeo.

Da Silva Catela, Ludmila (2001) *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, Al Margen, La Plata.

Da Silva Catela, Ludmila (2010) “Pasados en conflicto. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas”, en Bohoslavsky, Ernesto; Franco, Marina; Iglesias, Mariana y Lvovich, Daniel comps. (2010): *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, volumen II, Prometeo Libros / Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

Dandan, Alejandra (2012) “La edad de la inocencia”, en *Diario Página/12*, Buenos Aires, 4 de febrero de 2012.

Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2015) *Los movimientos sociales*, Universidad Complutense de Madrid-Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Feáns, Aloia Álvarez (2005) “Hoy y siempre, hay que luchar por la justicia”, entrevista a Mirta Acuña de Baravalle, 30 de junio de 2005, en revista digital Pueblos, en línea en <http://www.revistapueblos.org/spip.php?article235>, consulta octubre de 2011.

Gelman, Juan y La Madrid, Mara, comps. (1997) *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*, Planeta, Buenos Aires.

Gorini, Ulises (2006) *Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Tomo I. La rebelión de las Madres (1976-1983)*, Buenos Aires, Norma.

Gorini, Ulises (2007) *Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Tomo II La otra lucha (1983-1986)*, Norma, Buenos Aires.

Hall, Stuart (1984) “Notas sobre la desconstrucción de «lo popular»”, en Samuel, Raphael, ed. (1984): *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona.

Jelin, Elizabeth y Azcárate, Pablo de (1991) “Memoria y política: movimientos de derechos humanos y construcción democrática”, en

América Latina Hoy vol. 1.

Kofman, Hugo Alberto (2013) *Mirar la tierra hasta encontrarte*, María Muratore, Santa Fe.

Müller, Walter (1999) “La estructura de clases y el sistema de partidos”, en *Zona Abierta* N° 86/87, Madrid.

O'Donnell, Guillermo (2004) *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

Pastoriza, Lila (1998) “La historia de María Isabel Chorobik de Mariani, Chicha. «Desde ese día en que cambió mi vida»”, en *Diario Página/12*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1998.

Quistgard, Kaitlin (1996) “Cuatro H.I.J.A.S.”, Buenos Aires, 12 de mayo de 1996, en línea en <http://www.ukinet.com/media/text/hijas.htm>, consulta abril de 2009.

Reyna Almandos, Lía (2006) “Sensaciones. Del abandono a la recuperación”, en *Diario Hoy*, La Plata, 11 de marzo de 2006.

Sánchez, Evangelina (2009) “La organización de los operativos militares en Guerrero durante la guerra sucia”, ponencia ante el 53° Congreso Internacional de Americanistas, México.

Scocco, Marianela (2016) *El viento sigue soplando. Los orígenes de Madres de Plaza 25 de Mayo de Rosario (1977-1985)*, Último Recurso, Rosario.

Screpanti, Ernesto (1985) “Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes”, en *Zona Abierta* N° 34/35, Madrid.

Strasser, Carlos (2003) *La vida en la sociedad contemporánea. Una mirada política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Taylor, Peter y Flint, Colin (2002) *Geografía política. Economía-mundo, estado-nación y localidad*, Trama, Madrid.

Tessa, Sonia (2011) “Esperanza”, en *Diario Rosario/12*, Rosario, 15 de noviembre de 2011.

Thompson, E. P. (1984) “Inglaterra en el siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?”, en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona.

Thompson, E. P. (2012) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid.

Urquiza, Yolanda (2019) *Misiones bajo el terror. 1976-1983. Haciendo historia de la dictadura cívico-militar*, de la autora, Misiones.

Verdugo, Patricia ed. (2004) *De la tortura no se habla. Agüero versus Meneses*, Catalonia, Santiago de Chile.

Viguera, Aníbal (2009) “Movimientos Sociales y Lucha de Clases”, en *Conflicto Social* N° 1.

Wallerstein, Immanuel (1979) *El moderno sistema mundial*, tomo 1, Siglo XXI Ed., México.

Wallerstein, Immanuel (2008) *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Contrahistorias, México.

Weber, Max (1992) *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Wright, Erik Olin (1989) “¿Qué tiene de media la clase media?”, en Roemer, John E., comp. (1989) *El marxismo: una perspectiva analítica*, Fondo de Cultura Económica, México.

Zeigner de Kofman, Celina “Queca” (2017) *Historias y recuerdos de una Madre de Plaza de Mayo*, Rosario, Último Recurso.

Zubillaga, Paula (2016) “Los estudios sobre el movimiento de derechos humanos argentino. Un estado de la cuestión”, en *Cambios y Permanencias* N° 7.